

**ESTUDIANTE Y MEDICO**

Al fin Carlos J. Finlay marcó su vocación: sería médico. Seguiría la tradición familiar. El apellido de Finlay continuaría en la noble misión de aliviar el dolor. En este caso en escala universal.

Al regresar a Cuba, después de cursar sus estudios en Francia, se decidió su futuro por propia inclinación, dándole con ella una grande satisfacción a sus padres. Y colmando un profundo anhelo del viejo Eduardo Finlay, quien tal vez presintió en lo íntimo de su yo interno el gran bien que esperaba a la humanidad doliente en este retoño suyo que al través de los años iba a ser un gran científico y que daría uno de los más importantes aportes a la ciencia médica el descubrir que el mosquito era el agente transmisor de la terrible fiebre amarilla y por ende de otras epidemias susceptibles de inoculación por la picada de este insecto.

Al tratar de cursar sus estudios en la Universidad de La Habana, el joven Carlos J. Finlay, donde aspiraba estudiar medicina, se encuentra con el grave obstáculo de que no le convalidan los estudios de segunda enseñanza cursados en Francia. Finlay no puede comenzar de nuevo a estudiar el bachillerato en La Habana. Ello significaría un retroceso en su preparación, sería repasar de nuevo materias ya estudiadas, pero nada pudo convencer a los dirigentes académicos que se basaban en el reglamento escrito y que lo aplicaban sin las flexibilidades del caso.

El joven Finlay vió frustrado el inicio de sus estudios de medicina en su propia patria. Pero el doctor Eduardo Finlay, hombre de carácter, que no se amilanaba ante los obstáculos, llama a su hijo y lo alienta, le da ánimos y le dice:

—No es cosa de volver a empezar. Hay otras universidades donde se puede aprender la profesión de médico. Los Estados Unidos están cerca. Hay allí una Universidad, el Jefferson Medical College, en Filadelfia, que tiene un gran renombre y sus profesores propugnan los medios de la investigación y el experimento en los alumnos.

—Dondequiera que sea —repuso el joven Finlay— lo que quiero es ser médico, pero estudiar de nuevo bachillerato, no.

Y rápidamente se preparó el viaje a tierras norteamericanas donde Carlos J. Finlay comenzaría sus estudios universitarios, el inicio de su vida de estudiante de medicina. El prólogo de su carrera de médico. La base de sus conocimientos científicos. El móvil de sus experimentos o investigaciones. Tal vez aquí —en esta negativa de nuestro primer centro docente, en formación— haya intervenido también la mano del destino.

En Pensylvania, Carlos J. Finlay se entrega por completo a los estudios. Su vocación lo lleva a dedicar por entero las horas del día a las clases y a experimentos en los laboratorios de la Universidad, y durante la noche a repasar y desentrañar de los gruesos libros y de las notas tomadas durante las explicaciones de los profesores, los numerosos asuntos que comprenden las esenciales materias de su carrera.

Mil preguntas se amotinaban en su mente todas las noches, cuando en la soledad de su aposento estudiaba y estudiaba. Tantas cosas quería desentrañar, que muchas veces el sueño lo rendía con el libro entre las manos.

Fue Carlos J. Finlay un buen estudiante. Tenía un gran expediente en la Universidad. Los catedráticos lo estimaban. Era laborioso en grado extremo.

Uno de los profesores que más influyó en Finlay fue, sin duda alguna, el doctor John Kearsley Mitchell, un gran médico, un gran cirujano y un gran profesor. Kearsley Mitchell regenteaba la cátedra de Teoría y Práctica de la Medicina en el Jefferson Medical College, y uno de los alumnos predilectos fue Carlos J. Finlay, en quien reconocía condiciones excepcionales. Este famoso profesor, había desarrollado un interesante trabajo sobre las fiebres malarias epidémicas y fue, según el doctor Juan Guiteras, “el primero tal vez en anunciar y mantener de una manera sistemática, la teoría microbiológica de las enfermedades.”<sup>1</sup>

Gustaba hablar con Finlay. Cambiaba impresiones con él y se interesaba por sus proyecciones futuras. Conversaban también sobre literatura —el profesor Kearsley Mitchell era, además de médico, un gran literato y filósofo, con obras como *Sobre la virtud, la bondad y el poder de Dios*—, y prefería la conversación con el joven cubano por sus conocimientos amplios sobre Literatura Universal, y muy especialmente sobre los clásicos latinos y griegos. También hablaban de asuntos relacionados con la química, materia que interesaba mucho a Finlay y de la que el profesor era una verdadera autoridad, por haber tenido la cátedra titular de esa asignatura en el “Instituto Franklin”.

El profesor John Kearsley Mitchell tenía un hijo, Sila Weir Mitchell, profesor de la propia Universidad de Pensylvania, que

se había especializado en el estudio de las enfermedades nerviosas, habiendo publicado una serie de trabajos en relación con estas materias que le valieron la conquista de uno de los primeros puestos entre los médicos norteamericanos. Además, es el autor de la teoría —que recorrió el mundo entero— acerca del descanso como necesidad biológica.

Tanto el padre como el hijo demostraron una gran afinidad con Carlos J. Finlay y le proporcionaron al joven estudiante cubano todos los medios y la cooperación necesaria para el desenvolvimiento de sus estudios, en reconocimiento de su gran capacidad, vocación y condiciones para la profesión médica.

El profesor Sila Weir Mitchell, que estuvo durante algún tiempo en Francia, trabajando cerca del célebre Claude Bernard, tan pronto regresó a los Estados Unidos y se incorporó a sus labores docentes en la Universidad de Filadelfia, fue el preceptor de Finlay. También ejerció como su padre una gran influencia en el estudiante cubano, por el que sentía igualmente, gran predilección.

Carlos J. Finlay se gradúa de médico en el Jefferson Medical College de la Universidad de Pensylvania, en los Estados Unidos, en el año de 1855 y como es natural el joven médico estaba ansioso de retornar a la patria, de abrazar a sus padres, de presentarle el diploma de médico, de decirle al viejo progenitor con todo entusiasmo:

—Tu hijo seguirá la tradición de los Finlay. He aquí un nuevo médico para continuar la obra iniciada por ti de ser útil a la Humanidad doliente.

Entonces interviene el profesor Sila Weir Mitchell, tratando de conquistar al joven médico, en quien observa grandes posibilidades por sus dotes de investigador y su amor a los experimentos científicos, para que permanezca en los Estados Unidos, para que continúe trabajando en la gran nación americana, basándose en su espíritu generoso y noble, dadas las grandes oportunidades que en todos los órdenes podría obtener un médico de la calidad del doctor Carlos J. Finlay en aquel país, en vez de encerrarse en Cuba, donde el ambiente era totalmente hostil, donde la vida científica era muy reducida, donde la perspectiva económica era muy limitada.

El historiador doctor Herminio Portell Vilá, escenifica este diálogo de la siguiente manera:

“—Quédese en los Estados Unidos —le decía el doctor Sila Weir Mitchell, llamado a alcanzar aun más fama que su padre— y agregaba: Establézcase en Nueva York, donde hay una numerosa colonia española y cubana, y ya tendría esa clientela para empezar. Con lo que a usted le interesa la investigación científica

no hay duda de que Nueva York es un medio más conveniente para usted que La Habana .

“—A pesar de todo —respondió Finlay— mi puesto está en Cuba, donde nací y viven los míos y allá hay muchos que hacer todavía.”

“— Carlos —porfiaba el joven doctor Mitchell— usted ha estudiado conmigo por espacio de tres años y, en realidad, ha sido mi primer alumno. Debiera quedarse en los Estados Unidos, donde puede triunfar.”<sup>2</sup>

El doctor Juan Guiteras cuenta que el propio doctor Sila Weir Mitchell, en carta que le escribiera muchos años después, cuando ya el nombre de Finlay por virtud de su gran descubrimiento científico recorría el mundo, le decía: “por fortuna el doctor Finlay no siguió mi consejo de quedarse en los Estados Unidos”.<sup>3</sup>

El Dr. Carlos J. Finlay fue un predestinado. Fue uno de esos hombres que vienen con el sino de la obra a realizar. De los que tienen que cumplir una misión en la tierra y pese a todos los obstáculos, a todos los sufrimientos, a todas las inconsecuencias, a todas las ignorancias, a todas las amenazas inclusive, tiene que realizarla. Y Finlay la realizó a plenitud, pese al valladar que el hombre opone al triunfo del hombre.

Tuvo la iluminación de una verdad. Le fue negada por todos, excepto uno que con la fidelidad de compañero ejemplar, fue el único que creyó en él, que le dió alientos y estímulos en su labor, y fue la única voz que escuchaba en aquel mar de desconcierto y escepticismo. Este hombre de excepción fue el gran médico español doctor Claudio Delgado, cuyo nombre irá siempre unido a la gloria de Finlay, por su bondad, por su desinterés, por su fe, por su confianza, por su actuación.

El joven cubano doctor Carlos J. Finlay, con su diploma de médico bajo el brazo, con la pupila abierta a las nuevas esperanzas de un mundo mejor, y soñando con la gloria para su patria y por el mejoramiento de la Humanidad, embarcó para Cuba lleno de ilusiones, rumbo a un gran objetivo humano, hacia un destino superior, erizado de espinas, de amarguras, de sinsabores, de fracasos y esperanzas, de alientos y pesadumbres, para alcanzar al fin la gloria inmarcesible para su nombre y para su patria.

#### N O T A S

- 1 Rodríguez Expósito, César, **Dr. Juan Guiteras.**
- 2 Portell Vilá, Herminio, **Vidas de la Unidad Americana: Finlay y la fiebre amarilla.**
- 3 Rodríguez Expósito. César, **Dr. Juan Guiteras.**